Parerga y paralipómena II

Arthur Schopenhauer

Traducción, introducción y notas
de Pilar López de Santa María

E D I T O R I A L T R O T T A

ÍNDICE

Introducción: *Pilar López de Santa María* 9

PARERGA Y PARALIPÓMENA: ESCRITOS FILOSÓFICOS MENORES
SEGUNDO VOLUMEN

PENSAMIENTOS AISLADOS, PERO SISTEMÁTICAMENTE
ORDENADOS, ACERCA DE MÚLTIPLES OBJETOS

Capítulo 1. Sobre la filosofía y su método..... 33
Capítulo 2. Sobre lógica y dialéctica 51
Capítulo 3. Pensamientos concernientes al intelecto en general y en todos los respectos 63
Capítulo 4. Algunas consideraciones sobre la oposición entre la cosa en sí y el fenómeno..... 117
Capítulo 5. Algunas palabras sobre el panteísmo 125
Capítulo 6. Sobre la filosofía y la ciencia de la naturaleza 129
Capítulo 7. Sobre la teoría de los colores..... 199
Capítulo 8. Sobre la ética..... 221
Capítulo 9. Sobre la doctrina del derecho y la política..... 257
Capítulo 10. Sobre la teoría del carácter indestructible de nuestro verdadero ser con la muerte 283
Capítulo 11. Adiciones a la teoría de la nihilidad de la existencia .. 299
Capítulo 12. Adiciones a la teoría del sufrimiento del mundo..... 307
Capítulo 13. Sobre el suicidio..... 321
Capítulo 14. Adiciones a la teoría de la afirmación y negación de la voluntad de vivir 327
Capítulo 15. Sobre la religión..... 339
Capítulo 16. Algunas observaciones sobre la literatura sánscrita 407

Capítulo 17. Algunas consideraciones arqueológicas 417
Capítulo 18. Algunas consideraciones mitológicas 421
Capítulo 19. Sobre la metafísica de lo bello y la estética 429
Capítulo 20. Sobre juicio, crítica, aprobación y fama 465
Capítulo 21. Sobre erudición y eruditos 491
Capítulo 22. Pensar por sí mismo 503
Capítulo 23. Sobre actividad literaria y estilo 513
Capítulo 24. Sobre lectura y libros 565
Capítulo 25. Sobre lenguaje y palabras 577
Capítulo 26. Observaciones psicológicas 593
Capítulo 27. Sobre las mujeres 625
Capítulo 28. Sobre educación 639
Capítulo 29. Sobre la teoría fisonómica 647
Capítulo 30. Sobre ruido y barullo 655
Capítulo 31. Metáforas, parábolas y fábulas 659

Algunos versos 667

Índice de nombres (volúmenes I y II) 675

INTRODUCCIÓN

Pilar López de Santa María

1. *El legado final: luces y sombras*

No se puede decir que la obra escrita de Schopenhauer sea especialmente amplia, sobre todo si la comparamos con la de los filósofos coetáneos o cercanos a él en el tiempo. Una probable razón de ello —aunque no la única— estriba en la peculiar libertad de la que gozó su actividad filosófica a lo largo de toda su vida; una libertad que él describe a la perfección en el prólogo de los *Complementos* al libro cuarto de *El mundo como voluntad y representación*, donde nos resume el espíritu y la motivación de su obra:

> No soy un escritor prolífico, ni un fabricante de compendios, ni un asalariado, ni un autor que con sus escritos busque la aprobación de un Ministerio; en suma, no soy un escritor cuya pluma esté bajo el influjo de fines personales: no aspiro más que a la verdad y escribo, como escribían los antiguos, con el único propósito de depositar en custodia mis pensamientos, a fin de que alguna vez redunden en provecho de quienes sepan reflexionar sobre ellos y apreciarlos. Precisamente por eso he escrito poco pero con cuidado y en un *amplio* periodo de tiempo[1].

La actividad filosófica de Schopenhauer fue, en efecto, plenamente libre: libre de imperativos económicos, porque tenía la vida resuelta; libre de consignas e imposiciones externas, porque no

1. *WWV* II, p. 527 [p. 513]. Las referencias a las obras de Schopenhauer siguen las mismas ediciones y el mismo procedimiento que en el primer volumen de la presente obra.

tuvo jefes; y libre también de la crítica y la aprobación del público, porque muy pronto se vio obligado a renunciar a la fama. De lo único que no permaneció libre fue de la resistencia de los editores, que veían un mal negocio en la publicación de sus libros. Pero pese a ello, y también a sus pésimos modales con Brockhaus, consiguió arreglárselas para que sus obras salieran a la luz. En definitiva, sus escritos no nacen de ningún condicionamiento externo sino de un impulso interior: el apremio de comunicar unos pensamientos que él considera valiosos y verdaderos.

En este mismo volumen vemos como Schopenhauer lanza sus invectivas contra los escritores a sueldo que escriben por escribir sin tener en realidad nada que decir, porque no han pensado nada. Para encubrir su carencia de pensamientos profundos recurren a frases ampulosas, giros retorcidos y toda clase de artificios que hacen de su discurso una hueca verborrea. Y, no satisfechos con eso, se permiten además el lujo de convertirse en correctores del lenguaje y mutilar las palabras con el fin de aparentar un estilo breve y conciso en la expresión. A ellos les advierte Schopenhauer con su peculiar acritud: «La brevedad y concisión de la expresión, mis queridos idiotas, dependen de cosas completamente distintas de la supresión de sílabas y requieren cualidades que vosotros ni tenéis ni comprendéis»[2]. Esas «cosas completamente distintas» se resumen en una: la riqueza y peso de los pensamientos, de donde nace la primera y casi suficiente condición del buen estilo: tener algo que decir[3].

Frente a tales «emborronadores de cuartillas», Schopenhauer, que se considera perteneciente al grupo de autores que escriben porque antes han pensado[4], no tiene más interés que plasmar sus pensamientos de manera inequívoca para legarlos a la posteridad. Porque, recordémoslo: es a la posteridad, y no a los contemporáneos, a donde sus obras van dirigidas. Desde este punto de vista, hay que reconocer que Schopenhauer predica con el ejemplo y practica exactamente lo contrario de lo que censura. Su actividad no conoce otro yugo que la verdad. Y porque *simplex sigillum veri*[5] (o, en versión más popular, también mencionada por él, «Lo bueno, si breve, dos veces bueno»), se muestra reacio de antemano a andarse

2. *PP* II, p. 586 [p. 563].
3. Cf. *PP* II, pp. 550-551 [p. 530].
4. Cf. *PP* II, p. 533 [p. 514].
5. «La simplicidad es el signo de lo verdadero», expresión citada en varias ocasiones por Schopenhauer.

por las ramas. Él tiene siempre claro lo que piensa y, siguiendo el lema wittgensteiniano[6], lo dice claramente: sin rodeos, sin tapujos, sin desperdiciar papel, y además con un elegante estilo literario. Y si de paso puede aprovechar para lanzar alguna andanada contra sus enemigos filosóficos, tanto mejor. Sus afirmaciones son siempre directas e inequívocas, dejando poca o ninguna duda acerca de lo que quiere decir; sus reiteraciones, siempre inevitables, no suelen ser numerosas, sobre todo teniendo en cuenta la peculiar estructura de su sistema, que no es lineal sino concéntrica: en efecto, todos los escritos tienen como punto de referencia central *El mundo como voluntad y representación*, en particular el primer volumen, por lo que las referencias cruzadas son ineludibles.

Teniendo en cuenta todo lo dicho, resulta tanto más sorprendente la gran extensión de los *Parerga y paralipómena*, y más en concreto la de este segundo volumen. Nos encontramos aquí con una obra cuyo carácter complementario queda reflejado incluso en su título y que, no obstante, tiene la misma amplitud que la obra principal; ello, por no compararla con los restantes escritos, cuya extensión no supera en ningún caso las trescientas páginas. Así pues, Schopenhauer parece haber traicionado aquí su lema de brevedad y concisión. Y creo que merece la pena investigar el porqué; pues lo que en principio aparece como una cuestión irrelevante —el número de páginas— puede servir de punto de arranque para poner de manifiesto las luces y sombras de nuestro autor y las de la presente obra.

Hablando en sentido estricto, no es exagerado afirmar que Schopenhauer había dicho ya todo lo fundamental en el primer volumen de *El mundo como voluntad y representación*. En él encontramos ya una filosofía completa, con una visión del mundo y del hombre acabada y suficientemente desarrollada. Todas las demás obras tienen un carácter eminentemente complementario, exceptuando tal vez el tratado sobre el principio de razón y los dos escritos de ética, que él da por supuestos para la comprensión de su sistema, aun cuando solo el primero es anterior a la redacción de *El mundo*. Con respecto al segundo volumen de la obra principal, baste simplemente con recordar su título: *Complementos*. El tratado *Sobre la voluntad en la naturaleza* es principalmente un intento de confirmar la teoría de la voluntad de vivir por medio de los descubrimientos científicos de la época. Y las restantes obras tienen

6. «Lo que se puede decir, se puede decir con claridad», *Tractatus logico-philosophicus*, Prólogo.

ya una relación muy remota con la filosofía de nuestro autor. Esto no supone, dicho sea de una vez por todas, ningún juicio de valor acerca de esas obras complementarias, sino una simple constatación de la peculiar estructura de la obra schopenhaueriana que es, como se dijo, concéntrica.

Así pues, Schopenhauer, en lo esencial, lo había dicho todo ya a los treinta años. Pero todavía le quedaban más de cuarenta para enriquecer, desarrollar y complementar su «pensamiento único», haciendo gala de su excepcional capacidad explicativa. Fiel a su máxima de escribir poco, pero con cuidado y en mucho tiempo, dedica veinticinco años a la elaboración de los *Complementos*. No obstante, el espíritu con que escribe los *Parerga* adopta a todas luces un matiz diferente. Viendo ya cercano el final de su vida, Schopenhauer se los plantea como su obra postrera. Es su última oportunidad de comunicar sus pensamientos, de esclarecerlo todo hasta el último detalle y de expresar, para quien en un futuro quiera leerlas, las opiniones que sus contemporáneos no han querido oír. Se trata, pues, de su legado final. De ahí su prisa por no dejarse nada en el tintero (recuérdese el significado que tiene el título de la obra: lo accesorio y lo omitido) y la necesidad de anticiparse a las preguntas que sus lectores ya no le podrán formular. Si a ello se añade una cierta machaconería propia de la edad, el resultado está ahí: una obra monumental, redactada en solo seis años y de contenido muy desigual, tanto por su temática como por el juicio que sus escritos merecen.

En la introducción al primer volumen afirmaba que todos los ensayos de la obra encuentran su lugar, coherencia y sentido último dentro del pensamiento de Schopenhauer. Sigo creyendo que eso es verdad, tanto de esta obra como de las demás. De hecho, es difícil encontrar muchos filósofos cuyos escritos presenten una unidad tan sistemática y coherente como nuestro filósofo. Pero, al mismo tiempo, es frecuente que Schopenhauer intercale entre sus reflexiones filosóficas opiniones personales, juicios de valor —las más de las veces, negativos— e incluso digresiones meramente anecdóticas. Esa tendencia se va haciendo más acentuada a medida que va redactando nuevas obras o reelaborando las anteriores, y ello probablemente por dos razones: porque la edad le va quitando inhibiciones para mostrarse tal como es y porque en él va creciendo la frustración por el silenciamiento y el caso omiso de los que su pensamiento es objeto. Pues bien: es justamente en esta, la última de sus obras, donde tal carácter se pone de manifiesto en mayor medida. Podemos decir que nos encontramos aquí con dos Schopenhauer: por un lado, el Schopenhauer del idealismo transcen-

dental, de la metafísica de la voluntad y de la contemplación de las ideas; el de la ética de la compasión y la renuncia de la voluntad; el admirador de Kant, el divino Platón y la sabiduría oriental, entregado de por vida a la filosofía y firmemente convencido de su verdad, aunque ello le hiciera impopular. Ese es, por fortuna, el que aparece con mayor frecuencia. Pero en ocasiones aparece el Schopenhauer machista y misántropo, el de los insultos, las descalificaciones en bloque y los malos modales. Se trata, en suma, del Schopenhauer hombre que, a diferencia del filósofo, poco o nada nos puede enseñar.

Por lo demás, esa dualidad no se manifiesta en el primer volumen en tan alto grado como en el segundo. Aquel, en efecto, está compuesto de ensayos eminentemente filosóficos (los dos primeros) o que encuentran un fundamento en la filosofía schopenhaueriana. El ensayo «Sobre la filosofía de la universidad» es, sin duda, el más «personal» de todos; ya su tono ofensivo delata que una de sus motivaciones fundamentales fue la derrota de Schopenhauer en su contienda con Hegel y el fracaso de su actividad universitaria. Pero aun así, en él Schopenhauer va más allá de lo puramente personal en su defensa de una determinada forma de concebir la actividad filosófica. Por su parte, los ensayos sobre la intencionalidad del destino y sobre la visión de espectros se fundan, respectivamente, en la distinción entre fenómeno y cosa en sí y en la idealidad del espacio y del tiempo. Los «Aforismos» arrancan del pesimismo de Schopenhauer y su concepción de la razón práctica, y presentan una sabiduría popular que, aunque ya más alejada de presupuestos filosóficos, contiene una buena dosis de agudeza y sentido común.

El segundo volumen tiene, por el contrario, un carácter misceláneo en todos los sentidos. Además de ensayos netamente filosóficos, aunque en general ya muy marginales (los que componen aproximadamente la primera mitad), hay en él mucho de biografía intelectual, de retrato psicológico y de opiniones personales que en algunos casos Schopenhauer habría hecho mejor en no escribir. Me refiero, por ejemplo, a las afirmaciones acerca de las capacidades intelectuales y las medidas craneales de los negros; a los juicios despectivos acerca de la lengua francesa y la proclamación de la superioridad del alemán frente a todas las lenguas romances; a la machacona crítica de cualquier alteración del alemán y el excesivo purismo de las formas lingüísticas, muy alejado de comprender que, como después dirá Wittgenstein, el lenguaje es una forma de vida; al elitismo intelectual y la continua equiparación peyorativa de lo

común con lo vulgar; y me refiero, por supuesto, al escrito sobre las mujeres. Si se me permite una referencia personal, confieso que el reencuentro con ese ensayo, así como con algunas afirmaciones que hace Schopenhauer acerca de los traductores, me han impulsado en más de una ocasión a lanzar el teclado por alto y dejar que fuera otro más afín a sus opiniones quien concluyera la tarea en la que yo me había embarcado. Pero luego pensé que el hecho de que haya un puñado de mujeres que intentamos investigar con seriedad la filosofía de Schopenhauer es la mejor argumentación *ad hominem* contra la validez de sus opiniones sobre nosotras.

A pesar de todo lo dicho, nada más lejos de mi intención que hacer desistir a nadie de la lectura de estas páginas. Porque en todo caso las luces siguen siendo muchas más que las sombras; y, como ocurre en los relieves, estas contribuyen a realzar las primeras. El lector sabrá separar la paja del grano, lo anecdótico de lo esencial, y dar a cada cosa el lugar que le corresponda. Yo, por mi parte, me limitaré a repasar someramente los temas más relevantes que toca aquí Schopenhauer, soslayando lo que a mi juicio no merece ser comentado.

2. *Filosofía, ciencia e inteligencia*

«Pensamientos aislados, pero sistemáticamente ordenados, acerca de múltiples objetos» es el subtítulo que acompaña a este segundo volumen. Lo de «pensamientos aislados» y «múltiples objetos» concuerda plenamente con la realidad; lo de «sistemáticamente ordenados» es ya más discutible. Lo primero que llama la atención al examinar la distribución de los escritos es que la primera mitad (capítulos 1 al 15) está conformada por los ensayos estrictamente filosóficos, si bien el referente a la metafísica de lo bello, que pertenece también a estos, queda relegado al capítulo 19. Los restantes capítulos tocan múltiples temas, algunos enlazados con la primera parte, con un marcado predominio de los referentes a la literatura en sentido amplio o a la vida intelectual en general. El volumen concluye con algunos versos que Schopenhauer compuso a lo largo de su vida. A este respecto, he de advertir que comparto plenamente la tesis schopenhaueriana de que las poesías no se pueden traducir sino solamente recomponer. Consciente de mis nulas dotes poéticas, me he limitado a intentar reproducir con la mayor fidelidad posible su sentido sin ulteriores pretensiones y sin reivindicación alguna de valor artístico. Así como Schopenhauer hace un acto de autonegación al publicarlos, también lo hago yo, en ese sentido, al traducirlos.